

MEMORIA DE EMILIO OROZCO Y JOSÉ ANTONIO MARAVALL

Hace no mucho tiempo, y en el espacio temporal justo de un mes, han desaparecido estos dos estudiosos españoles cuya respectiva obra escrita presenta coincidencias y analogías. Efectivamente aunque Maravall dedicó muchas páginas a historia del pensamiento político y a historia de España, y Orozco trató de pintura y de literatura mística, ambos coincidieron sin embargo en unos mismos autores —Cervantes, Lope—, y en el análisis de la misma época histórico-cultural: el Barroco europeo y español.

Desde luego la perspectiva de estudio de uno y otro profesor son diferentes, aunque como decimos algo de común hay por la temática en sus investigaciones. Maravall atendió más a los componentes materiales de la historia, y al sentido histórico-social del pensamiento y de los discursos literarios, mientras Orozco mantuvo una visión quizá idealizada del pasado: su interés estaba en los hechos estéticos en cuanto tales, en las categorías artísticas y la historia de los estilos.

Emilio Orozco fue catedrático de la Universidad granadina por más de treinta años, y empezó escribiendo de historia de la pintura para ir haciéndolo pronto y predominantemente de temas literarios; trató de los distintos géneros, de poesía, teatro y novela. Su trabajo escrito tuvo por supuesto la forma de libro o de artículo en revistas especializadas, pero también tomó parte en obras profesionales colectivas y en Homenajes, presentó comunicaciones en reuniones científicas, y colaboró en enciclopedias y obras similares.

De sus trabajos aparecidos en forma de libro vamos a referirnos a doce de ellos, todos de contenido exclusivo o principal filológico; no trataremos ahora de su obra de crítica artística. En primer término cabe mencionar un volumen que junto a ilustraciones y análisis específicos, supone un planteamiento de teoría estética: *Paisaje y sentimiento de la Naturaleza en la poesía española* (1968).

Orozco distingue el sentimiento de la Naturaleza que como contenido puede aparecer en la obra literaria, de la pintura o descripción del paisaje presentes en el texto artístico, es decir en forma de tema u objeto. La aparición del paisaje en cuanto tema es tardía —advierde—, y no ocurre sino con el Manierismo y el Barroco; la emoción o sentimiento de la Naturaleza, en cambio, se ha dado siempre.

El tratamiento del tema del paisaje —ilustra el profesor granadino—, experimenta por ejemplo un proceso de espiritualización desde Garcilaso hasta San

Juan de la Cruz. El paisaje garcilasista es puramente humano, terrestre y terreno, mientras para San Juan «todos los elementos de la naturaleza se convierten en representaciones de un mundo espiritual trascendente», y así acaba por identificar al Amado con las montañas, los valles solitarios nemorosos o las ínsulas extrañas.

Los volúmenes dedicados por Orozco a la literatura religiosa y mística son tres, *Expresión, comunicación y estilo en la obra de Santa Teresa* (1987), *Poesía y mística. Introducción a la lírica de San Juan de la Cruz* (1959), y *Mística, plástica y Barroco* (1977); el primero de estos tomos ha sido ya póstumo. Temas como el del lugar de lo poético en el fenómeno místico, el de la existencia de una poesía tradicional carmelitana, el de la estética y la elocución literaria de los místicos, y el de la actitud de Santa Teresa y San Juan ante la Naturaleza, son los que fundamentalmente componen el tratamiento de nuestro autor.

Dedicados al Seiscientos vamos a mencionar ocho títulos, los dos primeros con planteamientos de conjunto: *Temas del Barroco* (1947), y *Manierismo y Barroco* (1970). Entre estos dos tomos resulta apreciable una trayectoria de madurez; algunas ideas e intuiciones están ya en el primero, pero luego en el otro aparecen más maduramente concretadas y expresadas. No obstante la temática de ambos trabajos no se solapa, por lo que el segundo no sustituye al primero y ninguno de los dos resulta prescindible. En la obra de 1970 aparece ya establecido el concepto o categoría de «Manierismo», e ilustrado con ejemplos de Góngora qué es el manierismo literario.

En *Temas...*, Orozco apunta la necesaria relación de Contrarreforma y Barroco, pues los mandatos tridentinos «habían de forzar al artista en todos sus recursos expresivos: con su obra tiene que hablar al intelecto, herir el sentimiento, mover la voluntad, y hasta sugerir lo sobrenatural». Además aborda en estas páginas aspectos artísticos como la presencia del color en Góngora y Calderón, la de las ruinas en Quevedo y la de los jardines también en Calderón; nos hallamos (según quedaba anunciado en el título) ante temas del Barroco.

El estilo manierista —enseña el profesor granadino— se caracteriza por el pluritematismo y simultánea valoración de los varios elementos de la composición, que aparecen de esta manera según una estructura desintegradora, y por la preterición del motivo fundamental o el movimiento forzado de las figuras en pintura; «es pues (son palabras de nuestro autor) la complicación y complejidad impuesta y no la más propia del Barroco, que surge espontáneamente... producto del natural del artista o como proyección de una complejidad o variedad que existe en la realidad».

Distintas monografías las dedicó Orozco a autores u obras concretas; de ellas mencionamos: *¿Cuándo, dónde y cómo se escribió el «Quijote» de 1605?* (1980); *El teatro y la teatralidad del Barroco* (1969); *¿Qué es el «Arte nuevo» de Lope de Vega?* (1978); *Introducción a Góngora* (1.984²); *En torno a las «Soledades» de Góngora* (1969); *Lope y Góngora frente a frente* (1973).

En el ensayo sobre el primer *Quijote*, nuestro autor muestra cómo Cervantes se había propuesto no un todo narrativo continuado, sino una estructura pluritemática que permitiera la incorporación de elementos en torno a las aventuras de

su héroe; la intención cervantina era (escribe) «lograr una rica composición pluri-temática que le permitiera enlazar —aunque no fundir—, el tema heroico caballeresco en forma paródica —pero dejando traslucir un serio y trascendental ideal—, el tema amoroso en los más variados y contrastados aspectos, conflictos y soluciones, y el tema crítico literario, referido esencialmente al teatro y a la narrativa, esto es, a las dos principales formas de la literatura de distracción de las gentes, en ese momento en que los dos géneros se convertían en un arte de masas».

El teatro y la teatralidad... analiza en su capítulo segundo la nueva estética dramática lopeveguesca, estética consistente en una «mixtura», «por querer recoger la unidad contrastada de la naturaleza y de la vida». Se trata de un arte que responde a la vez al gusto y la exigencia de una época, que está fundado pues «en el deleite del público, y en la dependencia de la vida y de la naturaleza».

En fin, la importancia documental del segundo y tercer volumen gongorinos de los que quedan mencionados, no hace falta subrayarla. Independientemente de la glosa y el comentario que acompañan a los textos, tales textos constituyen por sí mismos fuente imprescindible para los estudiosos, aunque algún especialista parezca no haberlos llegado a conocer.

José Antonio Maravall fue catedrático primero de «Derecho político», es decir, de ciencia política, y luego durante un cuarto de siglo de «Historia del pensamiento político y social de España»; fue también —entre una y otra cátedra— director del Colegio de España de París, en los años siguientes a 1949. No se trata en este caso de una anécdota biográfica o administrativa, pues por entonces bien es sabido que se produce en Francia y en los demás países (recuérdese el caso de Vicens en España), la definitiva inflexión de la historiografía hacia unos contenidos económicos, sociales, y de historia de las mentalidades; la estancia parisina de Maravall debió ser quizá el estímulo decisivo que hizo que su obra resultase como fue. En cuanto a sus propuestas de cuadros metodológicos y de marcos de entendimiento de conjunto, los nombres efectivamente de Jaime Vicens y de Maravall han resultado señeros entre los estudiosos españoles de historia de la segunda mitad de este siglo.

Aunque el profesor valenciano dedicase su esfuerzo primero a la historia del pensamiento político entre nosotros, su abertura hacia el campo de la historia de las mentalidades le llevó a hacer uso de muchas fuentes literarias; esta inserción de los grandes autores o textos literarios en la historia del pensamiento y de las mentalidades sociales españolas, dio como resultado las monografías *El mundo social de «La Celestina»* (1964), *Utopía y contrautopía en el «Quijote»* (1976), *Teatro y literatura en la sociedad barroca* (1972), y *La literatura picaresca desde la historia social* (1986). Otros análisis de importancia se encuentran en distintos volúmenes suyos, en particular en los tomos de *Estudios de historia del pensamiento español* (ed. definitiva, 1983-1984), y en *Utopía y reformismo en la España de los Austrias* (1982); al morir estaba refundiendo capítulos ya publicados y escribiendo otros nuevos, para un libro sobre el 98 en el que iba a ocuparse de Ganivet, Unamuno, Valle, Pío Baroja, Azorín, Ramiro de Maetzu, Menéndez Pidal y Rafael Altamira. Acerca de todos ellos, con las excepciones de Maetzu y Altamira, dejó páginas editadas.

Maravall se refirió en los párrafos primeros de *Estado moderno y mentalidad social* a su propósito investigador, indicando que en el curso del mundo moderno se había interesado por la visión de la historia que poseían los hombres de esos siglos, y por el sistema de Estados al que se llegó; intentaba pues «esclarecer los dos procesos en gran medida paralelos, de inserción del hombre moderno en la historia... y en el Estado». Con estas palabras nuestro autor apunta programáticamente hacia una historia de las mentalidades, dado que se trata de estudiar en su interconexión el pensamiento y la construcción político-social, cómo se ven a sí mismos los protagonistas de la historia y cómo la van haciendo real y efectivamente.

Insertos en el cuadro de las mentalidades sociales del XV, el XVI o el XVII, entenderá Maravall a Fernando de Rojas, a Cervantes, y a Quevedo y a los demás autores de la picaresca. La riqueza como fundamento de la ordenación social sacude a Castilla en el primer capitalismo —argumenta el profesor valenciano—, y en tal circunstancia la idea de Rojas en su tragicomedia, es mostrar a los ricos ociosos y a sus servidores «que contra tales casos el castigo sobreviene en ese mismo pseudo-paraíso de la vida mundana». Nos hallamos por tanto ante una moralidad —como ya vio Bataillon—, escrita por una mentalidad social que se siente solidaria de los intereses tradicionales.

La interpretación del *Quijote* la estiman algunos críticos como uno de los trabajos más sólidos de Maravall. En síntesis se trata de entender cómo Cervantes fue un hombre razonable y realista, y por ello creyó que el sueño de una sociedad caballeresco-pastoril era un disparate en las condiciones reales e históricas que se habían alcanzado por los nuevos recursos técnicos, económicos, militares, políticos, etc.; una genial respuesta negativa al doble mito caballeresco y pastoril será el *Quijote*. «Cervantes —expresa Maravall a la letra—, hace a otros recapacitar sobre el estado de una sociedad en la que una pura y noble voluntad queda siempre en ridículo, una época que ha olvidado al caballero»; el novelista por tanto «escribe para levantar una cortapisa a la amenazadora difusión de un tipo de pensamiento que había perdido la energía reformadora que le era propia, viniendo a quedar como un refugio de escape hacia el que tendía todo un sector de la sociedad española».

El estudio de Maravall sobre la picaresca es el más extenso de todos los que ha dedicado a temas literarios. La literatura picaresca —señala— responde también al momento del valor de la riqueza que ha llegado con el primer capitalismo, y por eso Quevedo por ejemplo advierte con el *Buscón* que las ambiciones caminan siempre a desbordar todo legítimo orden, y que acabarán todas las veces con la destrucción de su propio sujeto.

Del éxito mundano está excluida en la sociedad estamental una serie amplísima de individuos, y ellos sintiéndose frustrados responden con una desviación despiadada; éste es el mundo social que acaba por denotar la picaresca. Así en ella, cualquier afectividad personal aparece reemplazada por una actitud de competitividad.

Nuestra noticia de la obra filológica de Orozco y Maravall ha resultado forzosamente muy esquemática; esperamos no obstante haber dado una idea de la

misma, y queremos también subrayar cómo se trata de dos trabajos logrados y de relieve en nuestros estudios literarios de la segunda mitad de siglo. Por supuesto estamos ante obras que por lo que han iniciado o lo que sugieren, resultan desarrollables y ampliables en su mismo sentido.

FRANCISCO ABAD